

Francisco Fernández Carvajal

LAS SEÑALES

- El Señor se nos da a conocer con señales suficientemente claras. Necesidad de las buenas disposiciones interiores.
- Visión sobrenatural para entender los sucesos y acontecimientos de nuestra vida y de nuestro alrededor. Humildad. Corazón limpio. Presencia de Dios.
- Conversión del alma para encontrar a Jesús en nuestros quehaceres.

I. El Evangelio de la Misa¹ nos presenta a dos discípulos del Bautista, que preguntan a Jesús: *¿Eres Tú el Mesías que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?* Alguna duda importante debía rondar por sus almas.

Y en aquella ocasión Jesús curó a muchos de sus enfermedades, achaques y malos espíritus, y a muchos ciegos les otorgó la vista. Después contestó a los enviados: *Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan...* No hay otro a quien esperar: *Yo soy el Señor y no hay otro*², nos declara también en la Primera lectura. Él nos trae la felicidad que esperamos; Él satisface todas las aspiraciones del alma. «El que halla a Jesús halla un buen tesoro... Y el que pierde a Jesús pierde muy mucho y más que todo el mundo. Paupérrimo el que vive sin Jesús y riquísimo el que está con Jesús»³. Ya no hay nada más alto que buscar. Y viene como *tesoro escondido*⁴, como *perla preciosa*⁵, que es necesario apreciar en lo que vale.

Oculto a los ojos de los hombres, que le esperan, nacerá en una cueva, y unos pastores de alma sencilla serán sus primeros adoradores. La sencillez de aquellos hombres les permitirá ver al Niño que les han anunciado, y rendirse ante Él, y adorarle. También le encuentran los Reyes Magos, y el anciano Simeón, *que esperaba la consolación de Israel*, y la profetisa Ana. Y el propio Juan, que le señala: *Este es el cordero de Dios...*, y un buen número de sus discípulos, y tantos a lo largo de los siglos que han hecho de Él el eje y centro de su ser y de su obra. Muchos han dado su vida por Él. También nosotros le hemos encontrado, y es lo más extraordinario de nuestra pobre existencia. Sin el Señor nada valdría nuestra vida. Se nos da a conocer con señales claras. No necesitamos más pruebas para verle.

Dios da siempre suficientes señales para descubrirle. Pero hacen falta buenas disposiciones interiores para ver *al Señor que pasa* a nuestro lado. Sin humildad y pureza de corazón es imposible reconocerle, aunque esté muy cerca.

Le pedimos ahora a Jesús, en nuestra oración personal, buenas disposiciones interiores y visión sobrenatural para encontrarle en lo que nos rodea: en la naturaleza misma, en el dolor, en el trabajo, en un aparente fracaso... Nuestra propia historia personal está llena de señales para que no equivoquemos el camino. También nosotros podremos decir a nuestros hermanos, a nuestros amigos: *¡Hemos encontrado al Mesías!*, con la misma seguridad y convencimiento con que se lo dijo Andrés a su hermano Simón.

II. Tener visión sobrenatural es ver las cosas como Dios las ve, aprender a interpretar y juzgar los acontecimientos desde el ángulo de la fe. Solo así entenderemos nuestra vida y el mundo en el que estamos.

A veces se oye decir: «Si Dios obrara un milagro, entonces creería, entonces me tomaría a Dios en serio». O bien: «Si el Señor me diera pruebas más contundentes de mi vocación, me entregaría a Él sin reservas».

El Señor nos da la suficiente luz para seguir el camino. Luz en el alma, y luz a través de las personas que ha puesto a nuestro lado. Pero la voluntad, si no es humilde, tiende a pedir nuevas señales, que ella misma querría también juzgar si son suficientes. En ocasiones, tras ese deseo aparentemente sincero de nuevas pruebas para tomar una decisión ante una entrega más plena, se podría esconder una forma de pereza o de falta de correspondencia a la gracia.

Al principio de la fe (o de la vocación), ordinariamente, Dios enciende una pequeña luz que ilumina solo los primeros pasos que hemos de dar. Más allá de estos primeros pasos está la oscuridad. Pero en la medida en que correspondemos con obras, la luz y la seguridad se van haciendo más grandes. Y siempre, ante un alma sincera y humilde que busca la verdad, el Señor se manifiesta con toda claridad: *Id a anunciar a Juan lo que habéis visto...*

El Señor ha de encontrarnos con esa disposición humilde y llena de autenticidad, que excluye los prejuicios y permite saber escuchar, porque el lenguaje de Dios, aunque acomodado a nuestro modo de ser, puede hacerse en ocasiones difícil de aceptar, porque contraría nuestros proyectos o nuestros caprichos, o porque sus palabras no sean precisamente las que nosotros esperábamos o deseábamos escuchar... A veces, el ambiente materialista que nos rodea puede también presentarnos falsas razones contrarias al lenguaje con que Dios se manifiesta. Escuchamos entonces como dos idiomas distintos: el de Dios y el del mundo, este último con razones aparentemente «más humanas». Por eso la Iglesia nos invita a rezar: *Señor todopoderoso, rico en misericordia, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta él con sabiduría divina, para que podamos participar plenamente del esplendor de su gloria*⁶.

III. *No hay otro a quien esperar.* Jesucristo está entre nosotros y nos llama. «Él ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos, señales indelebles que ni el desgaste de los años ni la perfidia del enemigo han logrado borrar. *Iesus Christus heri, et hodie, ipse et in saecula* (Heb 13, 8). ¡Cuánto me gusta recordarlo!: Jesucristo, el mismo que fue ayer para los Apóstoles y las gentes que le buscaban, vive hoy para nosotros, y vivirá por los siglos. Somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios»⁷.

Con esa mirada turbia y falta de fe miraron a Jesús sus paisanos la primera vez que vuelve a Nazaret. Aquellos judíos solo vieron en Jesús al *hijo de José*⁸, y terminaron echándole de mala manera, no supieron ver más. No descubrieron al Mesías que les visitaba.

Nosotros *queremos ver al Señor*, tratarle, amarle y servirle, como objetivo primordial de nuestra vida. No tenemos ningún objetivo por encima de este. ¡Qué error tan grande si anduviéramos con pequeñeces, faltos de generosidad, en las cosas que a Dios se refieren! «¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! –nos anima Su Vicario aquí en la tierra–. Tened confianza en Él. Arriesgaos a seguirle. Eso exige evidentemente que salgáis de vosotros mismos, de vuestros razonamientos, de vuestra prudencia, de vuestra indiferencia, de vuestra suficiencia, de costumbres no cristianas que habéis quizá adquirido. Sí; esto pide renuncias, una conversión, que primeramente debéis atreveros a desear, pedirla en la oración y comenzar a practicar. Dejad que Cristo sea para vosotros el camino, la verdad y la vida. Dejad que sea vuestra salvación y vuestra felicidad. Dejad que ocupe toda vuestra

vida para alcanzar con Él todas sus dimensiones, para que todas vuestras relaciones, actividades, sentimientos, pensamientos, sean integrados en Él o, por decirlo así, sean "cristificados". Yo os deseo –decía el Papa– que con Cristo reconozcáis a Dios como principio y fin de vuestra existencia»⁹.

Debemos desear, una vez más, una conversión, esa vuelta al Señor para contemplarle, ya cercana la Navidad, con una mirada más limpia, y nunca «con ojos cansados o turbios». Por eso imploramos con la Iglesia: *Concédenos, Señor Dios Nuestro, permanecer alerta a la venida de tu Hijo para que cuando llegue y llame a la puerta nos encuentre velando en oración y cantando su alabanza*¹⁰.

La Virgen nos ayudará en la pelea contra todo lo que nos aparta de Dios, y podremos preparar nuestra alma en estas fiestas que vamos a celebrar y guardar mejor los sentidos, que son como las puertas del alma. *Nunc coepi!*: ahora, Señor, vuelvo a empezar; con la ayuda de tu Madre. Acudimos a Ella «porque Dios no quiso que tuviéramos nada sin que pasara por manos de María»¹¹.

Como propósito de este rato de oración, podemos ofrecer al Señor nuestro deseo de cumplir con fidelidad el plan de vida que hayamos acordado con nuestro director espiritual, aunque quizá por alguna circunstancia pueda parecer difícil. La fortaleza de nuestra Madre la Virgen ayudará nuestra debilidad, y nos hará comprobar que *para Dios nada es imposible*¹².

1 Lc 7, 19-23. — **2** Is 45, 7. — **3** T. Kempis, *Imitación de Cristo*, 11. — **4** Mt 13, 44. — **5** Mt 13, 45-46. — **6** *Oración del 2º Domingo de Adviento*. — **7** San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, 127. — **8** Lc 4, 22. — **9** Juan Pablo II, *En Montmartre*, 1-VI-1980. — **10** *Oración del Lunes de la 1ª Semana de Adviento*. — **11** San Bernardo, *Sermón 3, en la Vigilia de Navidad*, 10. — **12** Lc 1, 37.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.